

CAPÍTULO II

Peregrinos de la arena

Martes

Ya casi amanecía. Pablo Disaki aún caminaba meditabundo por las calles del centro de Ciudad Juárez. El sombrero, de paja, tipo panamá, le descansaba ladeado en la cabeza, haciendo que una sombra le enmascarara las facciones. En la boca humeaba un raleigh, mientras que, en la mano derecha, llevaba un café a medio terminar. *Pinche Nescafé*, pensó Disaki, *sabe a madres, pero es lo más decente que se consigue ahorita*. En una hora o menos la camioneta Van saldría, llena de inmigrantes, rumbo a algún punto de Sonora, donde saltarse la frontera sería rápido y fácil.

De cuando en cuando se paraba frente a algún vidrio para observarse: la chaqueta beige impecable, los pantalones con sus pinzas bien planchadas, el sombrero, el pañuelo. Veía su rostro extraño, disforme como el perfil de un cactus, herencia de sus padres rarámuris y de la niñez en las montañas de Chihuahua, tan ásperas. Era por aquella fealdad por la que los compañeros de oficio bromeaban con él: "Eres tan feo, Disaki, que cuando vas por el desierto los coyotes prenden fogatas, nomás para que no te les acerques"; Y sí, pensaba Disaki en aquellas reuniones en donde se discutía su estampa, *pero si supieras lo que opina tu señora, no te reirías tanto*. Se dio cuenta de que en la solapa llevaba una brizna de ceniza. La sacudió. Se sintió un poco avergonzado consigo mismo por ese gesto de vanidad, pero luego recapituló. Esa noche merecía verse bien, ya que durante los siguientes días andaría casi en harapos.

Pensó en el Sapo, el cholito de andar cantarín que era su lugarteniente. El muchacho, apenas un adolescente, era quien contactaba a los posibles clientes, les cobraba y el que los guiaba a través del desierto. Disaki recordó al

chico y a su humanidad tan rubicunda, con la panza tan enorme, apenas disimulada por las camisas desfajadas y los pantalones cholos. El caballero se sonrió a sí mismo, sabía que a pesar de su redonda figura, el muchacho era capaz de caminar por días, a pleno sol, evadiendo policías y alimañas; sólo para regresar a Juárez con varios kilos menos, merendar burritos e irse a un salón de baile a mostrar sus mejores pasos de mambo.

Disaki lo apreciaba, más aún, lo quería. A veces, cuando platicaba largo y tendido con el Sapo, lograba imaginar a Pablito. *Tendría casi su edad, pensaba el Caballero. Sería igual de carrilla, aunque no tan gordo, espero.*

El hombre se acordaba con frecuencia de su hijo. A veces, bajo el sol del altar, se confundía y comenzaba a charlar con el Sapo creyendo que era él. Su ayudante le seguía la corriente hasta que el mismo Disaki se percataba de su error y corregía. *Qué pendejo, se decía a sí mismo el Caballero, El Sapito no es Pablo.*

Y sí. Él no era su niño. Su hijo, Pablo, dormía en el desierto. Una bala que le partió la frente le había ahorrado el trabajo de crecer.

McKeena observaba a través de sus visores infrarrojos.

Él y sus patriotas habían recorrido el desierto toda la noche. Buscaron algunas presas. Durante varias horas siguieron un trazo de huellas en la arena rojiza así como envolturas de comida y botellas de agua. McKeena, o "Snake", como le decían, sabía que los ilegales acostumbraban moverse por donde hubiera agua, pues la que solían traer desde la frontera apenas si les duraba unas horas.

Algunas iglesias y organizaciones humanitarias tenían la costumbre de colocar tanques de agua de mil litros en medio del desierto, con el fin de que los indocumentados tuvieran agua y no murieran deshidratados. McKeena y sus muchachos, en su patrullaje de esa noche, se habían encontrado con dos de esos depósitos. “¡Perfórenlos!”, ordenó Snake. Tiempo atrás, McKeena gustaba de mezclar estricnina en el agua para que los ilegales que tomaran de ellos, murieran a los pocos minutos. Sin embargo, las críticas de los periódicos lo delataron y se contuvo. Su amigo, el gobernador le recomendó: “No los envenenes, McKeena. Sólo déjalos sin agua, que el calor se encargue de ellos. Así podré seguir diciendo que tus *American Patriots* los capturan y los entregan a Inmigración sin hacerles daño.”

El desierto le traía recuerdos, memorias llenas de fuego, explosiones y gritos de marines agonizando a las afueras de Basora. Arizona no era como Irak, bien lo sabía McKeena. Allá la arena era más fina y el calor se untaba más en el cuerpo, y los enemigos hablaban árabe en lugar de español. Al final, para Snake, eran igual de aborrecibles. Los recuerdos se le acumulaban en el muñón, en el resto de lo que fue su mano. A veces le molestaba, le picaba, creía sentir otra vez la extremidad perdida, y levantaba el brazo, emocionado, sólo para encontrarlo incompleto, como estaba desde el noventa y uno.

Escuchó un motor, y vio venir una polvareda. Era un vehículo que llegaba, conducido por uno de sus hombres.

—¡Los encontramos, señor, los encontramos! —le gritó un adolescente salpicado de pecas, que conducía una motocicleta Toro—. Están a tres millas al norte de aquí, señor.

Snake asintió, aún con el rostro endurecido. Se subió a su moto y dejó que el muchacho lo guiara. Llegaron

pronto. Cinco ilegales, dos mujeres y tres hombres, se abrazaban recargados a una roca mientras los *Patriots* los encañonaban con sus rifles de asalto.

—¡Párense, hijos de puta! —gritó Snake, en inglés. Se apeó de la motocicleta, tomó su escopeta recortada y fue hacia ellos. Apuntándoles hizo que se pusieran en pie. Los prisioneros, temblando, trataban de cubrirse unos con otros. Snake sintió náuseas al verlos a todos tan arenosos arena, la ropa tan gastada, jodidos, cobardes. Centró su atención en dos de ellos: una mujer y un adolescente que aparentaban ser madre e hijo. Ella se apoyaba del joven, manteniendo el pie izquierdo en el aire. El tobillo se le veía hinchado.

—Dije que se parara ¿Qué, no me entiende? —McKeena fue hacia ella y la empujó. La señora cayó de espaldas. El joven se interpuso entre ellos. Furioso, zarandó a McKeena, tomándolo de las solapas de su chaqueta militar.

—Tiene la pierna lastimada, gringo pendejo. ¿Qué no ves? —espetó el chico. Por toda respuesta, McKeena le golpeó el rostro con la prótesis.

—No te dije que me hablaras, *greaser*.

El muchacho, quien había caído al lado de la señora, levantó los brazos.

—Ella Lastimada. Pie roto. —balbuceó en inglés.

—¿Así que tiene el tobillo roto? —Snake sonrió—. Ella tiene la culpa. Para eso pusimos un muro, para que no lo salten —se dirigió a sus hombres—. Nick, tú que hablas mexicano, diles que caminen en fila india, con las manos en la cabeza. Los vamos a entregar a la patrulla fronteriza en Naco.

Nick señaló a la mujer del tobillo roto.

—Son como diez millas. Déjame llevarla en la motocicleta.

-No -respondió McKeena, sin dejar de apuntar a los ilegales-. Qué camine, o que se arrastre.

-Puede perder el pie.

-¿Y eso qué?

-Es sólo que..

-Tú obedece -respondió Snake sin ver a Nick.

Nick se mordió el labio y bajó la vista.

-Bien -McKeena ya había montado su vehículo-. Y si le cortan el pie, mejor. Así ya no saltará el muro.

El vehículo crujía como si se fuera a desbaratar en plena carretera.

Era una camioneta de las que llaman "Van", legalizada, con más de veinte años de rodar, llena de parches de hojalatería y óxido. Sin embargo, a pesar de su penosa estampa, el vehículo tenía un motor capaz de acelerar a más de cien millas sin demasiado esfuerzo. El Sapo bromeaba mientras conducía, creyendo que era un excelente chofer. Alardeaba de haber recorrido la ruta entre Ciudad Juárez y Cananea en menos de siete horas. Los pasajeros, sin embargo, no compartían su entusiasmo. Cada vez que la camioneta tomaba una curva, no podían hacer otra cosa sino clavar las uñas al asiento al tiempo que rezaban al santo de su preferencia.

-Ahí nomás, ya casi llegamos, raza -dijo el cholito, mostrando los tatuajes que le coloreaban el antebrazo-. En dos horitas llegamos a Nogales, en donde ya tenemos hotel y toda la cosa. Ahí ya les diré que hacer, por que cruzamos a los *esteits* en la nochecita.

Serafín, acostado junto a la llanta de refacción, aparentaba dormir. Con los ojos entrecerrados, vigilaba los movimientos de los otros *pollos*. Uno de ellos, Manuel, resoplaba al tiempo que se secaba el sudor del rostro. Veía a los demás pasajeros de arriba abajo, uno a uno, y luego

desviaba la mirada para mirar a través de la ventanilla. Trató de abrir una de las ventanillas sin lograrlo. Farfulló una mentada de madre. Recordó el calor de su natal Puebla, lo comparó con el infiernillo que le significaba Sonora y maldijo la hora en la que decidió hacer el viaje al otro lado. Se volvió al frente para platicar con el Sapo.

-¿Y por qué hasta la noche, mano? -le preguntó mientras trataba de ver el camino- Mejor ahorita. Entre más rápido, mejor.

- ¿Y quieres pasar con éste solaimán, mi rey? -le contestó el Sapo, señalando la bola amarilla que colgaba del cielo-. No aguantarías ni dos horas. Si pasamos en la noche tenemos siete horitas de fresco para caminar. Además, como que con la oscuridad los de la migra se apendejan tantito.

-Bueno... ¿Y el mentado Caballero? -preguntó el poblano.

-Anda cerquita, no te apures.

-¿Sí es de a verdad o te lo inventaste?

-Nada que lo inventé. Ahí anda, bato. Usted tranquilo.

El poblano no pudo ocultar una mueca de fastidio y se volvió con el resto de sus compañeros de viaje. Los contó una vez más. *A ver, es el mono que está dormido junto a la llanta, el viejito, la chamaca que viene enfrente, junto al gordo, y la señora con su hija.* La madre, de unos treinta años, sostenía a la niña, quien dormitaba en su regazo. Eran tan parecidas que a Manuel le pareció que la niña pudo haber sido calcada de la mujer. *Hasta el mismo pinche vestido.* Sentado al lado de ellas, se encontraba un anciano huesudo, de lentes gruesos, que venía transpirando a través de su guayabera. Manuel se dirigió a él.

-¿Y a usted no le dan calor esas barbas? -le preguntó Manuel.

-Pos sí, pero ya me acostumbré, mijo -respondió el viejo, enseñando una sonrisa de dientes macizos, de campesino-. Allá en Veracruz, en Tlacotalpan, también hace un buen calorcito, nomás que húmedo. Y mira que con más calor trabajamos.

-¿Y cuántos años tiene?

-Pos, de los que me calcules, échale diez más.

-¿Y que hace todavía en estos trotes? Debiera de quedarse en su tierra, a echarse en su hamaca, tomarse sus cocos y comerse sus mangos, ¿no cree? -Manuel sentía amargas las comisuras de la boca-. Debiera de dejarnos el trabajo a nosotros, a los que sí podemos.

-¿Y por qué cree que ya no puedo? -preguntó el anciano

-Nomás véase.

-Pos sí puedo, mijo. Y si no fuera yo tan decente te diría que puedo hasta con tu hermana.

La risa apenas disimulada de la mujer encolerizó al poblano. Quiso replicar, pero ella lo calló con un gesto de la mano.

-¿Y tú, por qué le reclamas?

-Pues, yo nada más decía que...

-Calladito te ves más bonito.

Manuel guardó silencio, apretó los labios y se volvió hacia el vidrio. El anciano agradeció el gesto de la mujer quitándose el sombrero.

-Gracias, señora. -le dijo el veracruzano. La mujer le extendió la mano.

-No tiene por qué, señor. Y no me llame así, que me siento vieja. Soy Mercedes Gómez.

-Mucho gusto. Yo soy Melquíades, el mejor jaranero de Tlacotalpan.

-¿A poco es usted músico?

-Pos me echo mis buenos sonos.

-¿Y va a ir a tocar allá, al otro lado?

-No, Mercedes -el viejo se agachó y pasó un dedo por la mejilla de la niña, quien le sonrió entresueños-. Voy a las pizcas de Florida para juntar unos fierros, y después, con eso, irme más para el norte para trabajar. Dejé hasta la jarana para que no me pesara ¡Y eso que no toco el arpa!

-Qué lástima -Mercedes abrazó a su hija, quien ya dormitaba-. Me hubiera gustado que mi hija lo escuchara tocar.

Melquíades observó a la chiquilla, quien no dejaba de sonreír. La niña abrió los ojos, le cerró el ojo y después se acurrucó en el regazo de su madre.

-Muy guapa ella ¿Cómo se llama?

-Carmelita... tiene seis años y ya es como el alma de Judas.

El jarocho trató de llamar su atención con señas y sonrisas. A la niña se le alegró el rostro, pero se acurrucó junto a su madre.

-A mí me parece una niña muy obediente, aunque no habla mucho.

-No, señor. No es porque no quiera. Nació con un problema en las cuerdas bucales y no puede hablar.

Melquíades sintió que la vergüenza le mordía el estómago.

-Discúlpeme, señora. Yo...

-No se preocupe. Son cosas de Dios. Además, bien que escucha la chamaca.

Por varios minutos hubo un silencio pegajoso, como sudor. Únicamente se escuchaba el trepidar del vehículo. Melquíades, tratando de animar a la madre, hizo más dulce su todo de voz.

-Oiga, Mercedes... ¿Y no está ella muy chiquilla como para estos trotes?

La mujer tomó una naranja de su bolsa y le ofreció otra al músico.

-Pues, sí- contestó la mujer mientras pelaba la fruta- Pero no me queda de otra. Yo pasé por primera vez hace dos años y encontré trabajo de recamarera en un hotel. Dejé a Carmelita con su abuela, allá en Fresnillo. Ahorita mi madre ya está muy grande y tuve que venir por la niña. Yo hubiera querido que la niña estuviera más crecida, pero... -Mercedes encogió los hombros-. Así lo quiso Dios. Además, estamos en buenas manos.

-Pues algo así escuché -dijo casi para sí Melquiádes.

-¿No ha escuchado hablar de él? Vamos con "El Caballero", el que nunca te abandona. Fíjese que allá en Detroit muchos paisanos han pasado con él y cuentan muchas historias: que si a uno lo picó una viuda negra y él lo curó con puras hierbas, que si la otra se estaba deshidratando y él la cargó en hombros hasta que encontraron agua, que si a este lo perseguían los cazamojados y él lo escondió abriendo un hoyo en la arena. Ahorita que la migra está más dura no falta el pollero maldito que te deja a tu suerte, o te entrega a la border para salvar el cuero. El Caballero no. Él es distinto.

-Pues qué a toda madre es el cabrón -contestó Manuel, que había salido de su letargo-, pero no lo hace de oquis. Cobra, y muy bien, por pasarte.

-Oiga pues -respingó Mercedes-. ¿No vale su vida los dólares que pagó? ¿Va a salir de cuentachiles?

-No, no me malinterprete. Es que usted habla de él como si fuera un santo, y no lo es. Es un pollero como cualquier otro, uno que pide más dinero que los otros. ¿Cómo si los que vamos al otro lado fuéramos ricos! Además, nunca aparece. El chofer se la pasa dando evasivas ¿Dónde está el mentado Caballero? Se me hace que ni existe y que lo inventaron para cobrar más.

-Claro que existe -respondió el Sapo con una voz más ronca que su habitual tono de jolgorio-. Sólo que no se

deja ver porque ni le gusta dar autógrafos, ni soporta a los pendejos que se la pasan diciendo "¿y dónde está el Caballero?", "¿No que nos iba a acompañar?". Ahora, si no le bajas de huevos a tu rompope, pinche pipope, te doy tu lana y te mando a chingar a tu madre.

El poblano, a medio camino entre la vergüenza y la furia, se acurrucó contra la ventanilla. Nadie en la parte de atrás volvió a mencionar palabra. *Uta, hasta que se callaron, pensó el Sapo. Ora sí va mi encanto de pachuco seductor.*

Y es que la muchacha que venía en el asiento del pasajero había acaparado la atención del Sapo durante todo el viaje. El cholo apenas si podía ver el camino. Constantemente, sus ojos se desviaban hacia el perfil de la mujer, formado por una nariz delineada con finura, y unos labios que parecían esperar un beso. El Sapo ya la había visto antes, cuando lo contactó para llevarla a Los Ángeles, y desde aquél día se despertaba recordándola. Ella iba como ausente. No había mencionado palabra desde que salieron de Ciudad Juárez. Sólo, muy de repente, se acomodaba el tirante de su camisa sin mangas, lo que hacía que algunas gotas de sudor corrieran hacia su escote. *Mira que está bien jugosa la morrilla, pensaba el cholito, A ver si no me regaña el patrón por hacerle la plática.*

-¿Y tú desde dónde vienes, darlin? -le preguntó el Sapo, engrosando la voz y disimulando la barriga.

-De Managua -contestó ella, con sequedad, sin dejar de ver la carretera.

-¡Managua! Me han comentado que Honduras está chingón.

La chica torció la boca de manera que el Sapo se diera cuenta del gesto.

-Managua está en Nicaragua -contestó en seco.

-Mira nomás. Pues también está bien lejos. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

-No te lo dije.

¡Chit!, pensó el Sapo, *¡Ya me aplicó un jonrón que ni el Canseco! Pero no le hace. Ándale, pinche Sapito, échale.*

-Pues yo me llamo Lorenzo, y de vez en cuando voy para *Elei* a darme un *rolin*. Si quieres, cuando estés por allá, mándame tu dirección y te visito. Mira que tengo mis rueditas. Un *Tonderbird* 50, así color *Pachión red*, con el que se pasea bien suave por las carreteras. Tú nomás dime, *Suithart*. Y *baydegüey* ¿Ya tienes jale por allá? Porque yo tengo unos batos que son mis camaradas y que te pueden echar una mano.

La chica carraspeó una risa. El cholito continuó.

-Pues yo creo que como que le puedes llegar hasta *Joligüd* ¿Sabes? Con esa cara tan bonita. Y con lo demás... - el chico observó por el espejo la anatomía de la muchacha-. Hasta podrías ser modelo, o algo así.

La muchacha giró la cabeza un poco para ver al Sapo. Le sonrió, pero el cholito pudo percibir lo ácido del gesto.

-¿Modelo, actriz? Suena bien, gordito. Pero lo cierto es que voy buscando un bar topless para trabajar -la chica irguió los senos intencionalmente y enronqueció la voz-. ¿Crees que me iría bien?

El Sapo clavó la mirada en aquellos pechos que, aunque pequeños, se movían con insolencia cada vez que la chica respiraba. Su mente quedó perdida en medio de ellos. El claxon de un trailer que venía en el carril contrario lo hizo reaccionar.

-No, pues... pues, sí. Están rete suaves -respondió el cholito, con la voz temblándole-. Creo que sí la vas a hacer. Pero ¿Por qué no le buscas de otra cosa? Podrías encontrar otro jale así como más...

-¿Decente? Lo decente no paga bien, mi rey.

-Pues... pues... no digo que sea indecente... sólo que... que...
¡Es cansado! ¡Imagínate desvelarte todas las noches!

-Ya lo he hecho.

-¿Trabajabas de mesera o algo así?

-No... de puta.

El Sapo calló por un momento, masticando la palabra.

-Bueno... supongo que ganabas buen *mony*.

-Me alcanzó para pagarte el viaje. ¿No?

Durante todo lo que restó del camino el cholo condujo en silencio, meditabundo. Trataba de alejar su pensamiento y sus ojos de la chica. *Ándale, pinche Sapo baboso, se decía entre dientes, ya te dejaron callado. Ora sí, querías presumir de very vivido y hasta te pusieron color pachion red. Y el pinche poblanito está allá atrás, risa y risa, pues el moderfoquer escuchó todo lo que no le importaba. Ándale, para que se te quite.*

La chica se recargó en la portezuela de la van, cruzó los brazos y trató de dormir. Antes de que el bochorno del camino la venciera, se volvió para ver al Sapo.

-Por cierto, gordito. Me llamo Yeimi.

"Vine a Comala por que me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo...", Leyó Cohen por cuarta vez, dispuesto a comprender, por fin, la novela de Juan Rulfo. Conchita, su mujer, se la había regalado y le había platicado maravillas de ella: "Si quieres saber quienes somos los mexicanos, léete esto", le había dicho. Repasó las letras poco a poco, como si fueran una ciénaga en la cual, pudiera hundirse al primer paso. Alexander Cohen entendía perfectamente el texto, no obstante, cada vez que lo terminaba, se sentía deprimido. Entrar a Comala con Páramo, Juan Preciado y los demás personajes lo ponía en el

mismo estado de ánimo que le provocó oler los cirios pascuales con los que se iluminó el velorio de su suegro, en la costa oaxaqueña, seis meses atrás.

Leer era ahora su pasatiempo favorito. Eso y ayudarle a su esposa. El mantenerse ocupado lo alejaba de las tristezas, de las memorias de cuando había sido teniente de la patrulla fronteriza o de su juventud. Dejó el libro en la mesa de centro de la sala y se recostó en el sofá. De la cocina se escuchaba el mover de trastes y el chocar de ollas con el que Conchita preparaba la cena. Alexander observó la pared donde se encontraba el tapiz de la virgen de Guadalupe a quien, a veces, le encontraba un cierto parecido con su mujer. A los pies de la imagen se encontraba un buffet de ébano en donde reposaba el *Menorah* de plata de su familia. Desde donde Alexander estaba, los brazos del candelabro parecían fundirse con la luna a los pies de la mujer del manto de estrellas. Cohen aún se maravillaba de lo bien que embonaban. También en la superficie del mueble se encontraban, puestos en la orilla, el ejemplar de la Biblia de Conchita y el Talmud de Alexander.

Casi sin quererlo, comenzó a recordar su infancia en New Jersey, la casa paterna y, sobre todo, del aroma de la barba de su padre, el rabino Moshe Cohen.

En sus primeros años, Alexander jamás se hubiera imaginado casado con una mexicana. En aquellas épocas, la hubiera considerado una *goyim*. Quizá el Cohen adolescente, estudiante obsesivo de la Torah, ni siquiera se hubiera dignado a verla o, de haberlo hecho, hubiera recelado de inmediato de la cruz que le colgaba en el pecho.

Se puso en pie y fue hacia el mueble. Observó con detenimiento cada una de las fotografías hasta que su mano se topó con el libro de la ley. Lo abrió y se maravilló con

la caligrafía azulada que parecía respirar en las hojas. No quiso leer, no era necesario: se sabía cada frase de memoria. Lo cerró para acariciar el cuero de las pastas, ya mordisqueado por los años, y volvió a recordar el día en que dejó la casa paterna. Ocurrió justo después de que lo rechazaran de la escuela rabínica. Cohen, quien en ese tiempo tenía un deseo casi doloroso de dedicarse a Dios, se enfureció cuando le dijeron que había sido su padre quien había recomendado que no lo aceptaran. Ese día —llovía, bien lo recordaba Alexander—, había llegado empapado a reclamarle a Moshe. “¿Así es como demuestras tu fe, traicionando a tu hijo?”, le cuestionó. El rabino Cohen lo observaba con tristeza, sentado en la cabecera del comedor. Agitó la cabeza con lentitud, le dolía la ira con la que Alexander había abrazado *la palabra*. “Debes saber, hijo mío, que ser parte del pueblo elegido radica en comprender la riqueza que existe en los demás. No somos mejores, sólo distintos”, Cohen arrojó un plato a la pared; el estruendo se escuchó por toda la casa. “No eres digno, padre ¿Quiénes son tus amigos? Sacerdotes y charlatanes, esos mismos que nos persiguieron por siglos, esos mismos que aplaudieron los campos de concentración y las cámaras de gas”, luego, escupió al piso y concluyó: “Deshonras la palabra”. Moshe Cohen se puso en pie. Con paso de anciano rodeó la mesa hasta quedar frente a Alexander. “La deshonra quien la lee con ojos de rabia”, le contestó y luego tomó el libro y se lo tendió. “Llévatelo. Algún día, cuando te cures del odio, sabrás el verdadero sentido de sus frases”.

Salió entonces Conchita de la cocina, y los recuerdos se le desvanecieron. Alexander recorrió con ojos ávidos el vestido con flores hasta llegar las manos llenas de harina y huevo. Conchita inclinó la cabeza, haciendo que su cabello le resbalara hasta el hombro bruñido, y le sonrió.

Cohen recordó esa sonrisa, la misma que tiene la niña que guarda un globo lleno de agua escondido en su espalda y busca el momento oportuno para arrojarlo. El mismo gesto con el que ella lo había conquistado el día en que se conocieron.

-Alex, cariño, ¿Sigues recordándolo, verdad? -le preguntó.

-No... Sólo pensaba.

-¿Por qué no intentas hablar con él? Estoy seguro que Moshe te escuchará donde quiera que esté.

-No. Los muertos están muertos.

-Y no por eso menos presentes.

Alexander le dedicó una media sonrisa. Luego caminó hacia el sofá y tomó su ejemplar de Pedro Páramo.

-Ustedes y sus *difuntos*. Nunca comprenderé ese ánimo tan suyo por la muerte. Como en la novela... Todos esos fantasmas caminando, paseándose como si estuvieran vivos, no sé... Me incomodan.

-Alex, mi vida -Conchita comenzó a andar, dirigiendo a Cohen hacia la cocina-. Así somos nosotros. Allá en México los difuntos no se van nomás con enterrarlos.

-Pues deberían dejarlos bajo tierra.

-¿Y para qué? Consuela más pensarlos cerca. Es más, algunas veces nos pesan más que los vivos.

-Pues sí, ustedes se van al extremo... Días de muertos, calaveras de azúcar... ¿Y qué me dices de esas imágenes que tienes en el restaurante? ¿Cómo se llama el pintor...? ¿Lozada?

-Posada, mi vida. Son grabados de Lupito Posada -respondió Conchita-. Además, el changarrito se llama "Las Calacas". Ni modo que pusiera fotos de Elvis.

Cohen engrandeció sus ojos azulados.

-¿Changa... qué?

-Changarrito... negocio pequeño -la mujer se le acercó-.
Vente, ayúdame a hacer la cena.

Cohen a sus cincuenta años todavía era vigoroso. Lo demostró cuando, de un movimiento, cargó a su esposa en brazos y la llevó a la cocina. Ella le puso las manos en el rostro, embadurnándole la perilla de masa y condimentos.

-¿Y qué hay de comer, señorita? -Le dijo él, subrayando la última palabra con un español tambaleante.

-Chiles rellenos de queso de cabra.

-¿Otra vez? -respingó el ex policía. La mujer se volvió, sonriéndole.

-Sí mi vida. Es de lo único *kosher* que se me ocurrió.

-¡Aguas con los hoyos, raza! -les indicó el Sapo mientras alumbraba la orilla de la vereda-. Les puede saltar una chirrionera.

Por instinto, casi todos los del grupo se alejaron de los matorrales, formando una fila india detrás del cholo. Únicamente Serafín, protegido por unas botas a media pantorrilla, caminaba por los márgenes. Habían burlado el muro fronterizo a través de un agujero hacía menos de dos horas, justo cuando la noche sentaba sus reales. A pesar de que todos habían seguido la indicación de su guía de comer dientes de ajo y de untarse la pulpa en el cuerpo, sentían que en cualquier momento alguna de las alimañas del desierto saldrían de debajo de la tierra a devorarlos. La adrenalina de la caminata los mantenía despiertos, sensibles al más ligero sonido. Ahí, en ese telón de noche que les presentaba el desierto, se encontraba el reino de las serpientes cascabel, de los monstruos de Gila, de las viudas negras y de los coyotes. Sin embargo, todos los ilegales tenían plena conciencia de las alimañas más

peligrosas que podían encontrar eran las que andaban a dos patas.

A lo lejos, alumbrada por la luz de una luna incompleta, Mercedes observó una torreta de vigilancia. Apretó a su niña entre los brazos y se acercó al guía.

—Oiga, joven —le dijo a susurros—. Hay que irnos por otro lado. Mire, ahí nos están viendo.

—No se preocupe —dijo el muchacho—. Está vacía. Nomás la ponen de pura pantalla.

—¿Seguro? Ojalá y viniera el Caballero con nosotros. No es que no confíe en usted, pero...

—*Dongüorrry bijapy*, señora. Él siempre está cerca, *güachándonos* —el muchacho acarició la cabeza de la niña, quien dormitaba—. Deje que la morrilla camine un rato. La andada va a estar larga y usted se va a cansar más rápido.

—¿Podemos tomar algo de agua? —preguntó Manuel, abriendo su equipaje y sacando una botella.

—Aguántame las burritas, ése —le respondió el Sapo—. Guárdala para cuando sea de día. Mejor chúpate un limón si tienes sed —El Sapo se levantó la visera de la gorra para observarlo mejor—. Sí los compraste ¿Verdad?

—Sí. Tres pinches kilos que traigo acá en el lomo.

—Chúpate uno, a ver si no hace gestos.

El poblano regresó el envase a su petaca, enfurruñado. *Este gordo ojete nos hace comprar casi diez litros de agua a cada uno, y después no nos la deja tomar.*

Y es que el Sapo los había instruido bien para el viaje. Apenas llegaron a Nogales los hospedó en una casa de huéspedes para luego mandarlos a conseguir toda el agua que pudieran cargar. “De menos siete litros, es lo que necesitan para caminar un día bajo el sol” les había dicho. Además, les recomendó comprar cítricos. Luego, repartió ampollitas de Bedoyecta entre todos. “Es para *juicearnos* y aguantar el camino”. Permitió que descansaran algunas

horas. A las siete de la noche, cuando el sol ya se ocultaba, salieron rumbo a Agua Prieta, hasta llegar a un camino rural. Ahí el Sapo escondió la camioneta y caminaron un poco hasta llegar al lugar por donde cruzaron la frontera. "Nomás que hay que apurarnos porque otros polleros también pasan por aquí, y si nos cachan, nos chingan", les recomendó. Manuel farfullaba a veces, preguntándose dónde hallaría ropa, pues el cholito les había indicado que la dejaran en Nogales, que sólo llevaran lo necesario. "¿Para qué llevas todo ese tambache, ése? No te vas a tomar tus calzones cuando te dé sed". Manuel, sin decírselo a nadie, había escondido sus papeles en la ropa interior, incluyendo sus certificados de la universidad. Tenía la esperanza de retomar sus estudios en Nueva Jersey. *Estamos jodidos, pensaba, a un año de titularme, y mi papá se queda sin chamba. ¡Me lleva el carajo!*

Atrás del Sapo venían las dos mujeres, Yeimi caminaba en silencio, ignorando a todos excepto a Carmelita. El dolor del hombro había decidido a Mercedes a hacer caminar un rato a la niña, quien, aún con lagañas en los ojos, andaba a tientas entre la penumbra. Para la chiquilla el desierto era algo nuevo. Escuchaba con curiosidad y miedo los cantos de los coyotes, el chirriar de los grillos, el paso de algún arbusto bruja frente a ellas. Veía con espanto las sombras de los sahuaros, imaginándose que eran las manos de algún diablo que trataba de salir de la tierra. Llevaba en la mano una medalla del Santo niño de Atocha, regalo de su abuela, y cada vez que algo la asustaba la apretaba con fuerza.

Después de ellas venía Manuel, y luego, don Melquíades canturreando unas décimas jarocho. Por último, con paso marcial, venía Serafín. Desoyendo la recomendación del Sapo, había comprado únicamente dos litros de agua. También había comprado en Nogales un hilo de pesca y una cinta tipo

canela, además de unas abrazaderas de plástico. La playera desfajada le ayudaba a ocultar la pistola. Cuando comenzaron el recorrido le había preguntado al Sapo acerca del Caballero. "Viene acá cerquita", fue la respuesta que obtuvo.

Al llegar a un montículo en el desierto, el Sapo indicó al grupo que se detuviera. Subió a la punta y observó al horizonte, hacia el norte. Entornaba los ojos, se rascaba la punta de la nariz, primero dudoso, después ya seguro de lo que había visto.

-Liquen pa'llá, raza -indicó un punto a lo lejos, donde sólo se veía una masa oscura-. Ahí está el monte Hopkins. Vamos bien. Yo creo que llegamos a la carretera antes de las ocho de la mañana.

Serafín se llevó la mano al cinto, tocó la cache de su arma y se dispuso a desenfundar, pero se detuvo. Pensó que sería mejor hacerlo más adelante, cuando todos ya estuvieran cansados y no tuvieran ánimos para defenderse. El Cholito bajó de su mirador, y emprendieron la marcha. Serafín deslizó una mano a la bolsa de su pantalón y sacó una pastilla de benzedrina. La tragó y su mente comenzó a aclararse, el sueño se le disolvió y el dolor de cabeza se fue. *Aguanta, aguanta*, no paraba de decirse, al tiempo que acariciaba la cache del arma.